

Ane-Doctas de un médico desmemoriado

Carlos Alberto Velásquez Córdoba

Título: Ane-Doctas de un médico desmemoriado

Autor: Carlos Alberto Velásquez Córdoba

e-mail: calveco@une.net.co

Primera Edición: Febrero 2012

Bogotá D.C. Colombia.

Fotografía de la portada, impresión y encuadernación:

www.autoreseditores.com

© Todos los derechos reservados

ISBN 978-958-46-0123-0

Depósito legal: 2012-1859

Se prohíbe su reproducción parcial o total sin permiso del autor.

A

*Luz Marina,
María Isabel y
Carlos Andrés*

INTRODUCCION.

Varios de estos cuentos los escribí hace años. Cuando tenía más tiempo y menos canas.

El acto de escribir es como tener un hijo: Uno concibe una idea, propia o ajena y la carga adentro. Siente que esa idea crece y crece dentro de uno, y se va desarrollando poco a poco. Y uno la siente como propia y sabe que está allí adentro.

Entonces llega un momento en que ya no se puede más. Y uno siente esa irrefrenable necesidad de sentarse ante un papel en blanco y escribir, y escribir y escribir y escribir, como si la vida le fuera en ello. Ha llegado el momento del parto.

Y entonces, uno se sienta frente a esas hojas de papel y dice “esta es mi obra”. Pero luego descubre que aquella historia aún le falta mucho por crecer. Aún es imperfecta. Y uno la va perfeccionando, le va dando forma, la va llevando de la mano para que algún día esa historia o ese relato puedan salir al mundo exterior y ser conocidas por otras personas.

Y cuando uno menos lo piensa, la historia que se gestó dentro de uno, que creció y se alimentó de uno mismo y a la que uno vio madurar, llega a su mayoría de edad y uno descubre que ya está lista para ser leída por otras personas, y que ya puede salir al mundo.

Eso fue lo que pasó esta vez. Escribí unas historias. Yo soy su papá, pero ahora ya no me pertenecen. Las historias que escribí llegaron a la mayoría de edad y les llegó la hora de conocer el mundo, ya les pertenecen a ustedes.

Para este libro he hecho una selección de algunos de mis cuentos. Espero haber hecho la elección adecuada.

Varios de mis relatos hablan de médicos y pacientes. Si cuando ustedes lean mis relatos sienten aunque sea una pizca del placer que yo sentí al escribirlos, yo me sentiría el escritor mas grande del mundo. ... y si logran aprender algo de los personajes de mi historia, ustedes harán de mi un médico más humano.

Muchas gracias

Medellin, Abril 03 de 2001

Raras veces un número es protagonista de una historia. ¿Y por qué? Sencillo. Cualquiera diría que los números no tienen personalidad. Y eso es cierto en casi todos los casos. Sin embargo, en mis clases de semiología médica (el arte de aprender a examinar e interpretar los signos y síntomas del paciente) aprendí de mi maestro que el número treinta y tres es un número con personalidad.

¿Que como así? Dirá usted. Se lo explicaré. Si alguna vez ha tenido la fortuna (o el infortunio) de ser examinado por un médico acucioso, posiblemente al colocarle en la espalda y el pecho el famoso aparatito llamado fonendoscopio (o estetoscopio), le pedirá que repita varias veces el número 33.

¿Que si el fonendoscopio es...?

.... si, si, es ese aparato misterioso que el médico se coloca en los oídos y que esta conectado con unas mangueritas a una copita con una membrana que le colocan a usted sobre el pecho para escucharle el corazón.... sí, ese mismo.

Bueno le sigo contando. Mi maestro de semiología médica decía que el número treinta y tres era un número que daba muy buena resonancia. Que cuando un paciente decía “33” el sonido de éste número se transmitía por todo el pulmón y llegaba hasta la piel, donde el médico podía escucharlo con el fonendoscopio y dependiendo de

la fuerza o atenuación con que llegara, podría establecer el tipo de enfermedad que le aquejaba.

Pues bien, una vez, cuando ya ejercía, me llegó un paciente que relataba tos. Luego de un completo interrogatorio pasé a examinarlo en la camilla. Le pedí que se quitara completamente la camisa. Le examiné el pulso y le tomé la presión arterial. Luego de examinar su cabeza y órganos de los sentidos pasé a examinarle el tórax. A estas alturas, yo ya estaba casi convencido de que el señor tenía una bronquitis (inflamación de los bronquios). Solo me faltaba un dato para confirmarlo. Me puse a sus espaldas y coloqué mi fonendoscopio a la altura de sus omoplatos y le pedí:

- Don Vicente, por favor diga “treinta y tres”

Moví unos centímetros el fonendoscopio y le pedí:

- Diga “treinta y tres”
- ¡Treinta y tres!

Volví a mover el fonendoscopio

- Diga “treinta y tres”
- ¡Treinta y tres!
- Diga “treinta y tres” -repetí
- ¡Treinta y tres!
- Diga “treinta y tres”
- ¡Treinta y tres!

Así continuamos varias veces. Yo pedía que dijera “treinta y tres” y él decía “treinta y tres”. Cuando creí que ya todo estaba claro....

- Diga “treinta y tres”
- ¡Treinta y tres!
- Siga.....
- ¡Treinta y cuatro!... ¡Treinta y cinco!...
- ¡Treinta y seis!.... ¡Treinta y siete!

Afortunadamente yo me encontraba a sus espaldas y no se percató de que casi me estallo de la risa. Creo que alcanzó a llegar como hasta “setenta” antes de que yo recobrará mi aplomo y en voz muy seria y muy profesional le dijera que ya era suficiente.

¿Ahora comprende usted, porque el “33” es el protagonista de esta historia?

22 de Noviembre de 1999

LA PUNCION LUMBAR

Cuando el Dr. Víctor Espinal se encontraba haciendo su residencia en Anestesiología, nos narró la siguiente historia que aunque despierta la risa en quien la escucha, puede llegar a ilustrar sobre la escasa y mala información que los médicos damos a los pacientes acerca de sus propias enfermedades y tratamientos. Es de aclarar que los nombres y los hechos han sido alterados un poco para proteger a los inocentes y a los no inocentes.

En cierto prestigioso hospital, el médico interno iba a practicar una punción lumbar a un paciente con la asesoría del anestesiólogo. Dicho procedimiento consiste en introducir una larga aguja por el espacio que existe entre las vértebras en la columna lumbar, con el fin de extraer líquido cefaloraquídeo. La aguja consta de dos elementos: una aguja hueca que es llamada **camisa**, y otra especie de aguja delgada llamada **alma** que va por dentro de la camisa, y que se retira para que salga el líquido una vez se haya llegado al sitio adecuado.

Cuando el médico interno y su profesor llegaron a la sala de procedimientos, el paciente ya reposaba intranquilo en una camilla. Sin zapatos ni medias; sin pantalón, camisa o ropa interior; tan solo con una bata verde clara abierta por la espalda, daba la impresión de que el paciente había sido condenado a la silla eléctrica.

Conocedor de la naturaleza humana, el anestesiólogo se dirigió a su paciente y lo tranquilizó con las conocidas

palabras: “Mire don Joaquín, el procedimiento que el doctor (refiriéndose al novato interno) le va a practicar, es un procedimiento sencillo que no tomará más de veinte minutos. Es muy simple. Solo se introducirá una aguja por la espalda hasta llegar a la *médula espinal*, y se le sacará un poco de líquido de allí.”

Cuando el paciente apenas estaba tratando de descifrar que era una *espina medular o menuda espinular* o cosa parecida el anestesiólogo cambió su expresión y con cara de drácula ante la visión de las venas del cuello de una damisela, continuó con el ultimátum:

- “Pero tengo que advertirle que durante el procedimiento necesitamos toda su colaboración. No debe moverse por nada del mundo. Si llegara a moverse, podría incluso quedar paralítico. Hay que tener en cuenta que **con la aguja vamos a llegar hasta muy adentro**”.

Y sin dar tiempo a que el paciente reaccionara, y pidiera auxilio salió de la sala con su pupilo detrás con la intención de lavarse las manos, mientras que una enfermera que parecía un sargento del ejército alemán le embadurnaba la espalda a su víctima con un jabón café.

Pocos minutos más tarde, cuando el paciente había contemplado todas las formas imaginables de escapar (desde una pelea cuerpo a cuerpo, bisturí en mano contra la enfermera-sargento, hasta arrojarle por la ventana de la sala -ubicada en un séptimo piso- caer envuelto en las cortinas y desaparecer del país), entraban los dos médicos,